

SOBRE HIELO

el dentista, dije yo, seis y media. Tengo la boca llena de sangre. La boca entera es una herida. Literalmente las mismas frases en los dientes frontales, pero sólo en ese momento me doy cuenta de lo que significan. Mejor mañana, en otra ocasión. De verdad que no podía hablar, y él no parecía entenderme. Toma un taxi, dice. Que te dé factura. Te devolveré el dinero.

Camisa, jersey, mi equilibrio, la nota y la vieja chaqueta. Treinta y ocho marcos setenta. Por aquel entonces siempre sabía exactamente cuánto dinero llevaba encima (excepto los céntimos). Esta mañana no he comido nada, y a mediodía dos plátanos, para calmarme. El cuello torcido. La mandíbula entumecida. El oído me grita de dolor. Me enjuago la boca con cuidado. En el espejo no hay ninguna imagen. Y me pongo en camino. El sueño de Carina, la imagen nocturna y su respiración durante el sueño. Sibylle seguirá empaquetando libros. ¿Qué llevaba puesto esta noche? ¿Qué hora es? No hay nadie en la calle. Los raíles del tranvía. La calle desierta en mitad de la noche, hacia la lejanía. Sobre la puerta de una tienda, blanco y redondo, un reloj que no funciona. Noche, viento, la luna y, en la Bockenheimer Warte, adelante del nuevo MacDonald's, un taxi Mercedes blanco bajo la luna.¹ Llevo, dice el taxista, dieciocho años estudiando de forma consecuente el azar, ¡y ahora viene casualmente usted! Antes he ido por el Alleenring y nada, por la Friedberger y nada, ni un cliente. Acabo de comer una hamburguesa aquí, porque mi pareja es vegetariana. Mi compañera. Y, según estoy masticando y preguntándome si no sería mejor ir hacia la Ferial, ¡viene casualmente usted! ¿A dónde lo llevo? Y arranca. Holzhausenstraße, dije. Difícil la palabra en mi boca, sangre en la boca. Holzhausenstraße, número cuatro.

¹ Nuevo quiere decir nuevo desde hace cinco años, pero cuando Sibylle y yo llegamos a Frankfurt, en el otoño de 1977, allí había una taberna que se llamaba Schlagbaum.